

Su libro *Bicentenarios de la Independencia del Perú* inicia con Francisco de Zela y su grito de libertad en 1811. ¿Por qué elige esa fecha? Hay quienes piden un mayor reconocimiento para la gesta de Túpac Amaru II, en 1780.

—Este libro nace de un proyecto del instituto Riva Agüero para hacer documentales sobre el bicentenario. Es un proyecto de difusión más allá de los ámbitos académicos; es decir, una propuesta que comunique estos temas a un público amplio. Los textos de historia son, a veces, muy eruditos, pensados un poco para el círculo académico. Yo soy un comunicador de la cultura, cineasta, investigo e intento ofrecer un producto que, aun riguroso, es asequible a un público mayor, interesado en los temas de la historia y la cultura peruana. Entonces, el instituto Riva Agüero me llama en el 2010 y el primer acontecimiento en el panorama, ligado a la independencia, era el de 1811. Por eso decidimos comenzar con ese año. Y como había material interesante, dije: “Acá hay un bonito libro al que podrá acceder un público más amplio, en un contexto en que no se le concede la importancia debida al bicentenario”.

—¿Percibe desinterés?

—Lo digo con conocimiento de causa. Mi padre, Augusto Tamayo Vargas, formó parte de la comisión de celebración del sesquicentenario de la Independencia, en 1971. En realidad, fueron diez años de trabajo a cargo de una comisión integrada por personalidades que produjeron una serie de obras monumentales. Entre esas obras estuvo la Colección Documental, una recopilación de documentos importantísimos para el proceso de la independencia.

—¿A qué cree que se debe?

—Ah, eso escapa a mi conocimiento. Será tal vez eso que nos caracteriza a los peruanos, y que no quiero decirlo, quizá cierta dejadez.

—Profesor Tamayo, usted es un hombre de cine y ha citado las celebraciones del sesquicentenario. ¿Cómo evalúa el papel del



cine peruano en relación con la construcción de la identidad?

—Tengo un interés absoluto por la identidad. Es el tema base de prácticamente todo lo que he hecho. He escrito poesía, cuento, he hecho cine; a mí el tema de la identidad me ha obsesionado. La primera película que hice, *El bien esquivo*, trata de la identidad; mi tesis de maestría habla sobre la identidad, la identidad construida a través de la conciencia del pasado. Porque no hay identidad sin pasado. Sé quién

soy porque soy la persona que he sido durante 64 años. Por eso, el amnésico no sabe quién es, no tiene memoria.

Entonces, la memoria construye la identidad. Y estoy convencido de que la historia es fundamental, la historia individual, para mi identidad personal, y la historia colectiva, de peruano. Las dos vertientes confluyen en mí: la individual y la colectiva, que es la cultura en la que he crecido y de la que soy parte.

—Son conceptos complejos...

—Sí, y los necesitamos. Necesitamos identidad colectiva e identidad personal, independientemente de que todos deberíamos preocuparnos por entender quiénes somos. Me interesa el cine como una forma de indagar y representar.

—A juzgar por lo que ofrece el cine local, ¿podríamos decir que no queremos recordar?

—Usted está haciendo que comente lo ajeno, cuando últimamente ya no lo hago.



“SIN HISTORIA NO HAY CIUDADANÍA”

El cineasta, escritor y catedrático Augusto Tamayo presentó esta semana Bicentenarios de la Independencia del Perú, un esfuerzo editorial que intenta acercar al ciudadano los hechos que rodearon el proceso de emancipación en las primeras décadas del siglo XIX. Memoria e identidad son conceptos clave en el trabajo intelectual de un peruano que sueña, no obstante las dificultades de una nación que no termina de construirse a sí misma.

ENTREVISTA: CÉSAR CHAMAN / FOTO: ÁLVARO SUÁREZ



–Pero el bicentenario lo amerita, profesor Tamayo...

–(Risas) Podría ser que no hay un interés. Y quiero remarcar que no quisiera que esto aparezca: Creo que hay poco interés en la historia. A la par, no puedo entender que no haya interés en este tema, porque si uno no tiene conciencia de la historia, no tiene conciencia de quién es. Y si no hay identidad, no hay ciudadanía. Y si no hay ciudadanía, es muy difícil armar un país funcional. Perdóneme, pero ya me extendí más allá de lo que debía.

–¿Esa escasez podría deberse a la distancia entre el mundo de la academia y el universo cotidiano del peruano común y corriente?

–Podría ser. Pero eso, más que una responsabilidad de la academia, lo es del ciudadano, que debería tener interés –a su modo, no necesariamente erudito– por saber quiénes somos. Todos los seres tenemos interés por saber quiénes somos, a veces de una manera más reflexiva, autocrítica, introspectiva, como fuera. Pero no querer saber quiénes somos, colectiva e históricamente, me parece una cosa rara.

–En el contexto latinoamericano, varios de nuestros vecinos han celebrado en estas décadas sus bicentenarios.

–Y de manera apoteósica. En Argentina, Chile, México, en todas partes. O sea, con cientos de celebraciones. Y eso no es frivolidad. Celebrar un acontecimiento que tiene que ver con uno y con lo que somos no es frivolidad. Entonces, ojalá que en los tres años que faltan para el 2021 se puedan organizar no solo celebraciones, sino trabajos como la Colección Documental del sesquicentenario.

–La diferencia con 1971, profesor Tamayo, es que luego nos pasó Sendero Lumi-

“Ellos soñaban distinto; solo hay que leer las cosas que decían sobre el Perú a partir de la forma en que lo miraban”.



noso, la hiperinflación de Alan García y la dupla Fujimori-Montesinos. Fue un trance difícil.

–Lo sé. Pero mi padre me diría: Oye, nosotros tuvimos el crac de 1930, la caída de Leguía, el gobierno militar de Odría. Sí, yo reconozco que sí, y esas pueden ser, en parte, las causas. Son acontecimientos contradictorios que, vistos históricamente, constituyen un proceso más que impactante. Son tres cosas terriblemente marcadoras. Pero yo recuerdo a mi padre diciendo cosas parecidas respecto a lo que le había tocado vivir. Él hablaba de la crisis del 30, de toda la conmoción de los gobiernos militares.

–Cada época tiene sus pesadillas.

–Sí, exacto, lo sintetiza usted bien.

–Pero también sus sueños.

–¡Eso! Tal vez esa sea la diferencia principal: había más sueños. Nosotros hemos perdido un poco los sueños que sí tuvo la generación a la que perteneció mi padre, una generación extraordinaria de intelectuales y pensadores que desapareció en los años 90. Quizá ellos soñaban distinto. Solo hay que leer las cosas que decían sobre el Perú a partir de la forma en que lo miraban; el optimismo y la esperanza que dejaban notar, algo que, debo admitir resignada y angustiadamente, yo

no tengo. Esa generación tenía una actitud constructiva, tal vez porque, de jóvenes, crecieron imbuidos en el positivismo. Mi padre tenía una visión entusiasta, positiva. Y trataba de que su obra contribuyera a ese proyecto que ellos sentían que estaba en camino, la ilusión de que había un destino en marcha.

–¿Quiénes deberían leer este libro?

–El libro está destinado a cualquier peruano interesado en su historia y en un acontecimiento que define su identidad. Ahora, si eso es factible o no, no lo sé. La gente ha dejado de consumir libros o, en todo caso, ese consumo ha disminuido. Por eso, he tratado de hacerlo fácil, de hacer un discurso que narre hechos históricos de una manera sencilla.

–Quisiera hablar del impacto de la comunicación en función de los soportes que emplea: libro, cine, formato digital. ¿Por qué insistimos en el papel?

–El soporte físico que permanece un objeto al que yo puedo recurrir, es insustituible. Lo digital tiene las características del hoy, de lo instantáneo: todo es inmediato, desechable, absolutamente descartable. ¡Ya lo usé! Esta actitud terminará imponiéndose, seguro, pero no sé si es lo deseable. Todo lo digital desaparece de la conciencia, no queda. Hay un culto a la inmediatez; lo que leí en internet hace dos horas ya se borró, ya no sé dónde está. Frente a eso, los soportes que implican una permanencia física tienen un alcance diferente.

–Quién sabe si allí está la respuesta: ¿será por esa inmediatez que no estamos construyendo memoria?

–Por supuesto, esa puede ser una de las razones. Y eso me hace creer más en la importancia de un libro físico. Hay inmediatez en el soporte y también inmediatez en el espíritu. Esa inmediatez se asume como algo virtuoso, pero lo instantáneo significa también que nada queda, nada es importante ni perdura. Todo me tiene que entretener cinco minutos y luego ya quiero otra diversión. ¿Qué memoria puede sostenerse en algo tan instantáneo?

CELEBRACIONES

El Bicentenario de la Independencia deberíamos celebrarlo por todo lo alto, de manera gigantesca, al borde de las lágrimas, afirma Augusto Tamayo. “Disculpe la exageración melodramática, pero me parece que es fundamental. Yo menciono bicentenario y, a veces, la gente dice: “¿De qué?” De la Independencia, pues. “Ah, de eso; ah, ya”.